

así nació *Don Segundo*, blasón de nuestra literatura. Eustacio Rivera pudo describir mucho, si hubiera sido Chocano o cualquiera de los neoamericanistas de litografía, pero le sedujo más el problema humano, y nos dió *La Vorágine*. Lo propio ocurre con Mariano Azuela. El americanismo no está en el paisaje sino en el hombre. Nuestro problema, nuestra preocupación, nuestra inspiración auténticamente americanas, son el hombre americano. Nuestra realidad distinta es el hombre. Selva como nuestra selva pudiera hallarse en el Africa; cumbres como nuestras cumbres, en Asia Central; llanos como nuestros llanos en Asia septentrional, en Africa del norte; pero nuestro tipo de hombre, su pensamiento, su sensibilidad, su manera peculiar de enfocar los problemas del universo eso lo llevamos dentro, y eso sólo lo sabemos nosotros. Fracasan por eso, aunque su aporte sea merítísimo, Ortega y Keyserling, y, en cambio acierta Frank.

La cultura es acicate, pero, a veces, lastre, y otras, peso muerto. Nuestra admiración intelectual es nuestra, pero debemos a América nuestra sensibilidad y nuestra molición. Yo admiró profundamente a Ortega, a Keyserling a Giraudoux, a Shaw, a Joyce, a Proust, a Rilke, a Lytton Strachey, a Mann, a Gladkov, a Klabund, a Leonov; mas no creería que ellos pudieran ser intérpretes de nuestro Sur. Ni siquiera

Valery Larbaud y Montherland que nos sienten algo. Cabe argumentar que vulgarizarlos es contribuir a educarnos en el método europeo. Casuismo sutil, y no más. Existen muchos líderes literarios entrenados en la disciplina europea, y hay que verles justamente, en función de americanos, usando de tal adiestramiento. Y, además, América necesita dejarse oír directamente, sin intermediarios. Los viajeros o conferenciantes son muy útiles, pero nos están suplantando por medio de sus visiones antojadizas de América. Así como los franceses forjaron una España de pandeleta, cuya culminación es el célebre título de Barrés—"Du sang, de la volupté et de la mort"—así los conferenciantes se ocupan en amasar hoy una América patética y unilateralizada, en reemplazo—ventajoso, claro está—de la salvaje y emplumada de antaño.

Y nosotros, Victoria Ocampo, amiga a quien respeto y escritora a quien admiro de veras, debemos hacernos oír con nuestro propio acento. Contribuya a ello, Beatrice de esta nueva Comedia, y hagamos realidad el consejo de aquel amigo que, desde Nueva York, insiste tenazmente en que aprendamos a utilizar el método europeo para fines americanos. Es decir, para salvar nuestra verdad espiritual. La esperamos, Victoria Ocampo.

Luis Alberto Sánchez

Lima, junio de 1931.

## Persiflage

— Colaboración directa —

### Procesión de Emperadores

Para José Vasconcelos, filósofo mexicano, el primer plotinista de habla española, maestro excelso, a quien no hay que confundir con el político del mismo nombre y época y país, su contrario y enmudecedor . . .

Cuando Antonio abandonó a su esposa Octavia, ya era presa del sortilegio fatal de Cleopatra. No sin razón murmuróse en Roma que el demi-César pretendía trasladar a Alejandría la capital del mundo, y proclamar a Cesarión, el hijo de la egipcia, heredero de Roma. Roma toda se conmovió. Octavio surgió entonces como campeón supremo de la ciudad eterna y del Oeste contra el Este. Cerca de Actium, promontorio de la costa occidental de Grecia, su escuadra trabó combate con las escuadras aliadas de Antonio y Cleopatra. Cuatro años más tarde, regresa victorioso a Roma. Ha subyugado a Egipto por completo. Con el suicidio de Cleopatra se extingue la dinastía de los Ptolomeos, y el antiguo país padre de las civilizaciones mediterráneas queda reducido a Provincia del Imperio Romano. Todo indica que el Occidente ha triunfado. Pero una visión más sutil de estos grandes acontecimientos quizás pueda revelarnos que ese triunfo fue vacío.

Lucha entre Oriente y Occidente. ¿Por qué luchaban? Sospecho que no sólo por el poderío temporal; que algo había más fun-

damental en ese antagonismo, a saber, una idea mortalmente contraria a otra idea, que no sólo hombres ambiciosos de cetro contra hombres de igual ambición. Me atrevo a proponer que, pese al triunfo hermosísimo de Octavio a su llegada a Roma,—triunfo que fue a la vez exequias de la República y proclamación del Imperio,—en Actium, el 31 A. C., ganó Cleopatra.

Indecisa aún la batalla la Serpiente del Nilo viró proa en huida. Los cincuenta barcos de su armada la siguieron. Antonio, al percibirse de que se retiraba, voló en pos de ella en rapidísima galera, la alcanzó, y, por dormir una vez más entre sus brazos morenos, no quiso acordarse del conflicto ni de Roma, contento con ser sólo hombre. La batalla, pues, la ganó Octavio fácilmente. Pero Antonio era la vieja alma cuerda de Roma, y esa alma de Roma estaba por entero subyugada por la magia de los ojos egipcios.

Merivale<sup>(1)</sup> asevera que la obra de Octavio, el establecimiento del Imperio, "fue la

(1). En su *History of the Romans under the Empire* (Appleton, Nueva York, 1862-65. 7 vols.).

más grande obra política realizada jamás por hombre alguno. Los triunfos de Alejandro, de César, de Carlomagno, ni de Napoleón, no pueden ni por un momento compararsele". Es osado decirlo pero me parece la verdad y digo que la base del Imperio octaviano fue la idea de que el hombre puede deificarse mediante el poder.

Si a Octavio le tentó el título de rey, no lo tomó para sí porque sabía que, desde los Tarquinos, le era odioso a los romanos. Si de hecho estableció una dictadura férrea, el título de dictador le repugnó también, porque sabía que le repugnaba a los romanos desde la aventura de Sulla. Adoptó, pues, el título de *Imperator*. Pero la idea que he enunciado como base de su imperio nos la revela el sobretítulo y nombre de Augusto que se hizo dar por el Senado y que hasta entonces les estaba consagrado a los inmortales dioses. El hombre Octavio asumía así divinidad. Entonces fue cuando cantaron los supremos poetas latinos. Roma se volvió suntuosa, encarnación del desmedido orgullo de los hombres. "Hallé a Roma ciudad de ladrillo", pudo decir Augusto, "y la convertí en ciudad de mármol". Cuando, en el 14 de nuestra era, murió Octavio, el Senado le decretó culto divino. La deificación del poderoso, la idea de que el hombre por medio del poder se vuelve Dios, fue la locura romana: la locura de Tiberio, hijastro y sucesor de Octavio, la locura de Gayo César, la locura de Claudio, la locura de Nerón, la locura de Galba, de Oto, y de Vitelio, la locura de Vespasiano y de su hijo Tito, la locura de Domiciano, la locura de los cinco "buenos emperadores"—Nerva, Trajano, Hadriano, y los dos Antoninos, Aurelio Pío y Marco Aurelio,—la locura de Comodo, la locura de Pertinax, la locura de Didio Juliano, la locura de Séptimo Severo, la locura de Caracalla, la locura de los Treinta Tiranos, y, finalmente, la locura de Diocleciano quien convirtió el Imperio en franca monarquía asiática,—comienzo de la manifestación del triunfo del Oriente,—hasta que recobró el juicio el mundo en la persona del emperador Constantino con el triunfo definitivo de la idea oriental.

¿Qué idea oriental? La de que el hombre no es ni puede ser Dios. Que el poder no diviniza. Que la grandeza material no deifica. Que para llegar a Dios otro es el camino.

Jamás antes había llegado el hombre a tener tan elevada conciencia de su dignidad y de su superioridad sobre la naturaleza como en el período que abarca el catálogo de emperadores que hemos hecho. Especie de dios se sintió Augusto cuando daba de comer a más de doscientos cincuenta mil conciudadanos suyos que no querían trabajar, sintiéndose, ellos también, especie de dioses. Especie de dios se sintió al convertir su ciudad de ladrillo en la ciudad de mármol que está grabada en la imaginación del mundo. Especie de dios, de nuevo, al regalar a Roma con los espectáculos del circo.